

IX

SESIÓN SECRETA

Retrocedamos un poco en nuestra narración para ver lo que había ocurrido en el parque mientras en el cuarto del marqués se desarrollaba la escena que acabamos de describir.

Antes de acudir al llamamiento del moribundo quisieron Amy y el doctor conducir á su prisionero á lugar seguro temerosos de que pudiera escapárseles por segunda vez.

— ¡ Andando! — hubo de decirle Alí-Akmet, después de tomar la precaución de atarle las manos.

Pero el conde, que no estaba herido, se sentó en el banco de piedra y con desdenoso movimiento de cabeza, contestó á la orden que se le daba:

— Llévenme ustedes si quieren, aunque sea arrastrando; pero lo que es hacerme andar, eso, de ningún modo.

Alí no sabía qué hacer. Hallóse perplejo ante la obstinación del preso, y no disponiendo de medio alguno para obligarle á obedecer no habría tenido inconveniente en cargárselo á cuestras ó en ponerlo á la fuerza sobre las robustas espaldas de Kenec. Pero estaba allí Amy. Y esta, aleccionada por la ocurrencia que Flavia la mulata

tuviera poco antes, creyó haber encontrado el medio de hacer andar á Corpo-Santo.

— No se tome usted trabajo por lo que no vale la pena, Alí; — dijo la joven. — Ese hombre irá al hotel por su pie, é irá con gusto. Lo que hay es que es preciso saber invitarle á que lo haga.

Alí y Kenec la miraron con sorpresa.

El conde, repuesto de su reciente terror, la miró también, pero con lástima.

— Mire usted, — añadió Amy señalando al enorme perro negro cuyas rojas pupilas brillaban en la sombra.

— Ahí tiene usted el argumento que conviene emplear en este caso para hacerse obedecer... ¡ Aquí, *Sultán!*

La hermosa bestia hallábase ocupada en lamer las heridas por las cuales se escapara poco antes la vida de los dos lebreles rusos; pero al llamamiento de Amy levantó la cabeza y se acercó á la joven.

En aquel momento pudo observarse que el prisionero se mostraba mucho menos fanfarrón que poco antes.

Parecía sentir aún en el cuello la presión dolorosa de los colmillos del perro.

— ¿ Ves á ese hombre, lo ves, *Sultán?*

El perro fijaba en el conde sus enormes ojos rojizos.

— ¡ Busca, busca! — continuó la joven disponiéndose á soltar al animal.

— Es inútil; — dijo el prisionero levantándose. — ¿ Sería usted capaz de hacerme devorar en su presencia?

— ¿ Por qué no? — replicó fríamente Amy.

— Repito que es inútil; vamos donde ustedes quieran.

— Bueno, pues ande usted delante; — ordenó la joven apoderándose de la linterna sorda, — Kenec y Alí le custodiarán, uno á cada lado, mientras yo y *Sultán* vigilarémos para cortar toda posible retirada.

El inteligente animal parecía comprender lo que se hablaba. Lanzando un sordo gruñido que hizo que se humedeciesen con frío sudor las sienes del miserable, fué á colocarse junto á la joven, y el grupo se puso en marcha hacia el hotel en el orden antes indicado, uniéndose á la escolta en el camino la enorme baronesa Lampessadas y la vizcondesa de Aubinesco, quienes más muertas que vivas vagaban por el parque como almas en

pena sin saber qué resolución tomar ni á qué santo encomendarse en aquel trance que á ellas se les antojaba en verdad supremo.

En el momento en que todos llegaban á la parte iluminada por las lámparas eléctricas, presentóse Jorge buscando, de parte del marqués, al doctor y á la mayor de las dos huérfanas.

— ¡Por Dios no se vayan ustedes ahora! — gritaba la vizcondesa llena de miedo. — ¡Cómo nos quedamos solas esta señora y yo!... ¡Digo, y mi sobrina que está en el fondo del parque...

En aquel preciso instante salían del hotel, guiados por Pedro, los antiguos marinos de Malatierra que habían llevado el féretro á la alcoba del marqués.

— Ya tenemos lo que necesitábamos, — dijo Amy, haciendo seña á los hombres para que se acercasen.

— Dos de vosotros, — añadió cuando los tuvo junto á ella — os quedaréis aquí con Kenec custodiando al prisionero, mientras que los otros dos irán á buscar el cuerpo de ese pobre hombre que ha caído en el fondo del parque, y lo depositarán en una cama del hotel.

Al decir esto, referíase á Ben, el padre de la mulata.

— Y tú, — continuó la joven acariciando á *Sultán* y señalándole al conde, — tú me respondes de ése... Síguele dondequiera que le lleven.

Gruñó de nuevo el noble animal, como si pretendiese dar á entender que quedaba enterado, y dos hombres se destacaron, precedidos de Pedro que empuñaba la linterna sorda, en la dirección indicada para ir al encuentro de Yvona y Flavia.

Y entró en escena Jaime. Venía del hotel, y llegaba armado de una barra de cobre, con ánimo de vengar la treta que los portadores del féretro le jugaron al presentarse con él en el salón de baile, el suelo del cual hubo de medir el pobre mozo con las costillas y mucho más rudamente de lo que él hubiera deseado.

— ¡Ahora vamos á ver si me derribáis aquí también, lechuzas, ratas de cementario! gritó blandiendo la barra. — No digo dos, pero ni aunque fuerais ciento serviríais para descalzar á un bretón de Bretaña... ¡Toma tú ese

para tí, gandul!... ¡Y ese otro para tí, que no has de ser peor servido que tu compañero!...

Hablando de este modo Jaime repartía á diestro y siniestro verdaderos palos de ciego.

Del primero de sus golpes resultó derribado Kenec, el bueno de Kenec, su tío, á quien el encolerizado mozo no pudo reconocer en el primer momento; pero al ir á descargar el segundo, *Sultán* salvó la situación sujetando de un mordisco el brazo del joven en el momento en que, armado de la barra, iba ya á caer sobre las espaldas de uno de los custodios del conde.

Y sucedió que llegaron en este punto los otros dos hombres conduciendo el cuerpo de Ben y seguidos por la mulata y por Yvona quien llevada de sus hondadosos sentimientos no había querido abandonar á la pobre Flavia en aquellas para ella dolorosas circunstancias.

La cólera de Jaime se disipó como por encanto. Ayudó á su tío á levantarse y un momento después, reunidos ya los dos cortejos, penetraban juntos en el hotel.

Atravesaron una tras otra diferentes habitaciones, después de subir en silencio la escalera principal, y por indicación de Amy quedó el muerto depositado en uno de los cuartos.

Al pasar por la biblioteca hubo de recordar el conde su última visita, y una sonrisa de desdén plegó sus labios. Decíase que sin duda *Alí*, deseoso de herir su imaginación se aprestaba á introducirle en el cuarto en que se hallaban reunidos los muebles que sirvieran á Ricardo Sabieló, y que él ya había visto la mañana aquella en que estuviera á punto de dejar sin vida á la hija mayor de la temible argelina, causa de todas sus desdichas.

En efecto, la puerta de aquella habitación se abrió de pronto, inundando de luz la biblioteca.

Obedecía esto á que el marqués acababa de dar la orden de introducir al prisionero.

Aunque éste sabía ya, ó por lo menos se lo imaginaba, dónde iba, no pudo reprimir un involuntario movimiento de retroceso al divisar el catafalco. Fué tan penosa la impresión que la vista del mismo le produjo, que procuró desasirse de las férreas manos que lo sujetaban.

El hubiera jurado que se encontraba aún en el cuarto

de Sabelo, en la quinta de Córcega, y en el trágico momento de su lucha con Malaquea. Parecíale el mismo el paño mortuario, las mismas aquellas lágrimas de plata, algo descoloridas por la acción del tiempo; los mismos los blandones colocados en torno al túmulo. Tal *decoración*, pues no encontramos término más apropiado para designar la macabra escenografía preparada por el marqués, produjo tan penosa impresión en el ánimo del preso, que todas las acciones de su vida borrascosa desfilaron en un momento por su imaginación, como cuadros diversos y simultáneos de abrumador cosmorama. Y su esfuerzo desesperado por huir de aquella horrible y trágica visión habríale tal vez procurado un instante de ilusoria libertad á no encontrarse tras él un guardián difícil de burlar y con el cual no había contado.

Sultán, en efecto, había seguido el grupo, aun cuando nadie hubo de invitarle á que lo hiciera; pero lo siguió obedeciendo sencillamente las órdenes de Amy, quien, como se recordará, habíale hecho responsable del prisionero. Y al ver que éste forcejeaba con sus acompañantes pensó tal vez que aquella nueva lucha no se hallaba incluida en el programa, y antes de morder tuvo á bien advertir, por medio de gruñidos significativos, que se hallaba dispuesto á hacerlo, en caso de que la resistencia del preso continuase.

No continuó. Juzgando inútil cuanto intentara para escapar, el conde pareció resignarse con su suerte, y en el fondo de su alma, enérgica y avezada á toda clase de peligros, supo encontrar la necesaria energía para hacer una entrada relativamente digna en la habitación, cuyo aspecto le impresionara al pronto.

— Estaba por lo visto escrito que había de ver por tercera vez el lecho de mi padre y la extraña caja de mi abuelo; — murmuró en voz baja, paseando su mirada, al parecer indiferente, por todos los rincones del inmenso cuarto. Y como sus ojos se fijaran de pronto en el mueble turco y en el péndulo monumental, añadió:

— ¡Cómo se conoce que esta gente gusta de conservar los recuerdos! No queda aquí ni la menor huella de mi última visita...

En torno del catafalco, en el espacio comprendido entre

la chimenea y la cama, hallábanse dispuestas en semicírculo algunas sillas ante las cuales se veía una mesa.

Rápida mirada á hurtadillas bastó al prisionero para descubrir la presencia de las dos hermanas que continuaban en pie, junto al lecho del moribundo.

— Entren ustedes, — decía el doctor en voz alta. — Señora vizecondesa, Yvona, Flavia, Kenec, y usted también Jaime, entre usted también por si le necesitamos, que todo podría ser.

— ¡Pero yo estoy maravillada! — decía la de Aubinisco apoderándose de la mano de su sobrina Yvona. Puesto que el bueno del marqués vive aún, ¿á qué viene todo ese fúnebre aparato? ¿Es que vamos á velar á un muerto?

— No, señora; van ustedes á asistir á un consejo de familia.

— ¿Es posible?... En fin, así será, puesto que usted lo asegura: pero no comprendo el porqué del catafalco, ni porqué tiene atadas las manos el conde, ni más ni menos que si fuere un temible criminal.

— Señora, — se apresuró á decir Ali-Akmet — tómese usted la molestia de entrar, escuche luego con atención lo que aquí va á decirse, y ya verá usted cómo después lo comprende todo. Pero no me pida usted, por favor, explicaciones que no puedo darle ahora, y menos en presencia de gente extraña.

Como si se rindiera á tan excelentes razones, la vizecondesa no preguntó nada más, y entró resueltamente en la estancia; pero en vez de dirigirse hacia las sillas dispuestas en semi-círculo como lo hicieran Flavia, Kenec y Jaime, acercóse con Yvona al lecho en que agonizaba el anciano marqués entre los brazos de sus dos pupilas.

— Señor Jaffary — ordenó Ali-Akmet — hágame usted el obsequio de que salga todo el mundo de la biblioteca y disponga las cosas de modo que nadie pueda acercarse á las habitaciones del señor marqués durante todo el tiempo que dure nuestra reunión. Esto es importantísimo.

Salió Jaffary para cumplir la orden y se disponía el mismo Ali á cerrar la puerta de la habitación, cuando se interpuso, oponiéndose á tal designio, la voluminosa personalidad de la baronesa Lampessadas.

— ¿Pero y yo, amigo mío? ¿Dónde me dejan ustedes á mí, sabe usted? ¿Es que yo estoy de más?

Sorprendido por la presencia de aquella ridícula mujer, á la que olvidara por completo, Alí no sabía qué resolución tomar.

Ella continuó, con ánimos de salirse con la suya.

— Me dirá usted que es un olvido; sí, señor, convengo en ello. Un olvido reparable, pero poco galante ¿sabe usted?

— Usted me dispensará, señora, — balbuceó el doctor viendó que ella procuraba rechazarle; — siento en el alma no haberme explicado bien, pero lo que va á celebrarse aquí es un consejo de familia...

— ¿A estas horas? Pues mire usted, ya es raro. Tanto que ni en los folletines de mis periódicos he visto cosa semejante. En fin, ello importa poco, amigo mío. Lo esencial es que usted sepa que yo me encuentro en familia en casa de cualquier noble.

Enrique escuchaba desde lejos esta discusión.

— Si llama usted reunión de familia á la que va á celebrarse aquí, — exclamó en alta voz — ya puede usted permitir la entrada á esa mujerona, porque tiene incuestionable derecho á oír cuanto aquí se diga.

Volvióse Alí, procurando leer en los ojos de Enrique el significado de sus enigmáticas palabras, y la baronesa se aprovechó de tan momentánea distracción para pasar victoriosa los umbrales de la puerta.

— ¡Mujerona! — repitió toda sofocada — ¿Conque mujerona, eh? ¡Pues no, señor; baronesa y muy baronesa, para que usted lo sepa!

Dió un respingo en presencia del catafalco y apartó de él la vista con horror, sin duda para no pensar en sus numerosos maridos muertos en el ejercicio de sus funciones; y como lo hiciera poco antes la vizcondesa, quiso aproximarse al lecho. Pero se lo impidió Alí, que habiendo por fin logrado cerrar con llave la puerta de la estancia, decía con voz grave:

— Ruego á ustedes, señoras, que se sirvan ocupar las sillan. Cuanto á ustedes, señores, acérquense á ese hombre y no pierdan de vista ninguno de sus movimientos.

Esto diciendo señalaba al conde que había recobrado toda su calma y parecía hallarse en completa posesión de sí mismo.

Acercáronse á él Malatierra, Kenec y Jaime mientras el doctor preguntaba dirigiéndose al moribundo:

— ¿Quiere el señor marqués presidir los debates mientras yo formulo la acusación?

— ¡Debates!... ¡Acusación!... ¿Pero señor, qué es esto? — preguntaron á dúo la de Aubinesco y la baronesa.

— Proceda usted como lo crea conveniente, Alí, — dijo una voz opaca; — yo escucho, pero no hablaré. Acuértese usted sobre todo de mi recomendación...

Acercó Alí la mesa, y de uno de los cajones de la misma sacó cinco objetos que puso sobre el tapete con que aquélla estaba cubierta.

Los cinco objetos eran: un hueco de forma extraña, un saco de tela, bastante pequeño, un pedazo de trapo del tamaño de un pañuelo, y dos puñales.

— Señoras, — dijo el doctor — al hablar á ustedes de un consejo de familia no tuve en modo alguno la pretensión de engañarlas; digo esto porque comprendo que también hubiera podido designar esta asamblea con el nombre de tribunal de honor, ó tribunal de Linch.

— ¿De Linch?

— Sí, de Linch. La justicia de Linch es una invención americana y no de las peores, pues los libres habitantes de los Estados Unidos han pensado, y con razón, que allí donde no existen tribunales, unas cuantas personas honradas pueden erigirse en cualquier momento, en jueces.

Vais á decirme que aquí estamos en Francia, y que en Francia no faltan magistrados. Conformes. Pero desgraciadamente en el presente caso concreto nos vemos en la necesidad de prescindir de ellos, por una porción de razones.

La primera de esas razones es la fortuna del culpable; tengo la seguridad de que gracias á ella la sentencia resultaría muy atenuada. Otra razón es el nombre de ese mismo culpable, nombre immaculado antes de que éste viniera al mundo, y que una vez desaparecido ese hombre, queremos conservar limpio de toda mancha:

— ¿Pero á quién se refiere usted? — interrogó la de Aubinesco asustada por el terrible preámbulo del doctor.

— Me refiero á Enrique Sabelo, más conocido con el nombre de Enrique Bozzo.

La enorme baronesa repitió, como procurando acordarse de algo olvidado :

— Enrique Sabelo...

— Pero es que nosotros, yo por lo menos, no conozco á ese hombre más que por lo que de él nos ha contado el marqués ; — exclamó la vizcondesa. — ¿Quién es, vamos á ver? ¿Dónde está?

— Pues lo tiene usted delante ; — replicó el doctor señalando con el dedo al conde.

— ¡ Enrique !

El mismo, señora.

— ¡ No puede ser !... ¡ Esto es una locura !... ¡ Vamos, conde, hable usted, defiéndase usted !

Enrique se limitaba á sonreír irónicamente.

— ¿ Pero no dice usted nada ?

— Tranquilícese usted, señora, — dijo por fin, con naturalidad. — No me ha de ser difícil defenderme. La acusación de que se me hace objeto es tan absurda que no hay modo de mantenerla.

La gorda señora Lampessadas miraba con extremada curiosidad al reo y repetía en voz baja :

— Sabelo... Enrique Sabelo... El caso es que me ha jurado que no es corso.

Y perdida en un mar de confusiones, la pobre mujer veía pasar por su imaginación, como vistas de un calidoscopio, los acontecimientos todos que habían precedido y seguido su primera y única falta.

Entre tanto Ali-Akmet continuaba impertérrito :

— No he de negarle á usted el derecho á la defensa ; pero más tarde. Ahora voy yo á exponer algunos hechos, y á probar de modo irrefutable, cuanto diga.

— ¡ Un momento, un momento, doctor ! — exclamó la vizcondesa. — Es que no sé si estoy despierta ó bajo el imperio de una pesadilla horrorosa. Vamos á ver ; ese Enrique Sabelo, ó Bozzo, de quien usted habla, ¿ no es el presunto asesino de la madre de nuestras dos interesantes huérfanitas ?

— El mismo, señora ; pero conste que lo que pesa sobre él no es una presunción de ese asesinato, como usted dice, sino la certeza absoluta de que lo cometió.

— ¿ Y usted cree que es el conde ?

— ¡ Ya ve usted qué enormidad ! — interrumpió éste último, aprovechándose de la circunstancia de que la vizcondesa de Aubinesco, llena aún de buena fe, parecía dispuesta á defenderle. — ¿ Cómo puedo ser yo el personaje de quien se habla, puesto que soy el conde de Corpo-Santo, nacido en Méjico, como lo prueban mis papeles todos ?

— Ya hablaremos de los papeles más tarde, si hay lugar á ello. Ahora encauzo la discusión, porque me parece llegado el momento de precisar. ¿ Quiere usted decirnos, ante todo, por qué ha tenido usted empeño en que asista á este reunión la señora baronesa Lampessadas ? Porque supongo que no va á negarnos que es usted quien lo ha querido...

La pregunta pareció turbar un tanto al conde quien contestó sin embargo :

— ¿ Por qué ? ¡ qué sé yo ! Por galantería, por complacencia... Me pareció tan deseosa de entrar aquí, que la ayudé como pude, estimando muy natural su curiosidad.

El doctor sonreía friamente.

— Contesta usted para salir del paso. ¿ Cree usted que va á ganar algo tratando de escabullirse ? Pues se equivoca por completo. Sabemos á qué atenernos con respecto á su persona. Cuando llegue el momento de hacerlo, yo mismo diré cuál es la verdadera identidad de usted, y profaré la exactitud de mis palabras. Ahora, como usted no quiere hablar, voy á hacerlo yo por usted. Si ha querido usted que la señora baronesa asista á este acto, es porque le pareció sin duda que la viuda del teniente Lampessadas debía hallarse al lado de las demás víctimas de usted ó de los parientes de esas víctimas...

La baronesa lloraba.

El conde movió la cabeza con ademán negativo y dijo :

— Conocí á la señora baronesa Lampessadas hace cuatro ó cinco meses en los salones de la señora vizcon-

desa de Aubinesco; pero no recuerdo que nadie me presentara nunca á su marido.

— Claro, como que se murió hace ya diez y nueve años; ¿sabe usted?

— Murió asesinado; — interrumpió Ali-Akmet. — Asesinado por usted, Enrique. Creo que no hay necesidad de que le recuerde en qué circunstancias cometió usted ese crimen...

— ¿Cómo es eso? — exclamó emocionadísima la baronesa. — ¿Usted es el matador de mi primer marido?

El conde lanzó sobre ella una mirada indefinible.

Mientras tanto Ali tomando de sobre la mesa el hueso de forma extraña, añadía:

— El señor Lampessadas era el teniente de gendarmes muerto por usted al regresar de la feria de Guinchetto. He aquí su esternón, roto á consecuencia del cabezazo que le propinó usted.

Yvona y su tía cerraron los ojos para no ver la macabra prueba de convicción. En cambio la mulata Flavia, que abismada en su dolor parecía no haber oído nada de lo que hasta entonces se dijera, levantó en aquel instante la cabeza para fijar sus ardientes pupilas en el acusado y en el hueso humano.

La baronesa por su parte dió un grito al oír las últimas palabras de Ali.

— ¡Su esternón! — exclamó. — ¿De modo que mi primer marido no está todo él en tierra santa?

Amy y Edmée, rígidas como estatuas de piedra, escuchaban sin despegar los labios. Una y otra habían cubierto con velos sus desnudos hombros y no apartaban la vista del rostro del moribundo quien conservaba entre sus manos las de las jóvenes.

Después del grito de la baronesa, Enrique de Corp-Santo cruzó los brazos sobre el pecho, y dirigiéndose con tono sarcástico al que actuaba de acusador, le dijo:

— Todo eso que acaba usted de contar se me antojan páginas sueltas de una novela, de la cual se empeña usted en que yo sea uno de los principales personajes, ó tal vez el protagonista... Bueno, pues sepa usted, y lo digo por última vez, que yo soy mejicano, y que no estoy dis-

puesto á tolerar que se me haga responsable de las faltas cometidas por un individuo con el cual se obstina usted en confundirme por razones que me explico. Si esas razones son personales de usted, dígalo de una vez y con franqueza. Yo sé que no tengo más que un enemigo, uno solo, y ése es usted. Conque basta ya de farsas. ¡Abajo las caretas! Usted es el antiguo shaif de los hermanos de la concha. Lo reconozco ahora; algo tarde, es verdad, pero en fin, lo reconozco...

— ¿Y no reconoce usted también en mí á su antiguo condiscípulo del colegio de Ajaccio, Ali-Akmet? — preguntó el doctor.

— ¿Otra vez la comedia? Basta ya, ¡qué diablo! He dicho y repito que usted es el shaif, es decir el jefe de una asociación de bribones; yo he sido capitán de los Cristal-Daggers, otra comunidad de ganapanes tan honrados y tan decentes como los de usted. Somos pues tal para cual. Me odia usted, y lo comprendo, desde la época de nuestro leal combate al *Requiem*, en el que no acerté á matarle por completo. ¿Quiere usted una revancha? Sea. Reanudemos el combate con las armas y en las condiciones que usted quiera. Mi sangre por la de usted, nada más justo. Le ofrezco la ocasión de hacer ese cambio si es que no es usted un cobarde.

Tuvo Ali un movimiento de indignación al oír al conde, pero supo reprimirlo enseguida, y contestó con calma:

— Ese duelo, aun cuando hubiese de ser tan desleal por parte de usted como fué el primero, es uno de mis deseos más legítimos y más ardientes. Pero no es potestativo de mi voluntad el reanudarlo. No me es posible hacerlo sin el consentimiento de las personas aquí presentes. Me dirá usted que debo pedirlo. Sí, lo haré, pero no ahora, sino cuando las haya enterado de todos los pormenores de la existencia de usted. Cuando los conozcan juzgarán sin temor á equivocarse, de qué clase de castigo es usted acreedor.

Continúo pues. Muerto el teniente Lampessadas, usted y sus dos hermanos ganaron la espesura. Pero como allí la existencia no podía prolongarse, una noche, al pasar por el Tavaria para ir á Ajaccio y embarcarse allí con rumbo al continente, se introdujo usted solo en una

quinta aislada, en la que acababa de morir Ricardo Sabielo, y en una habitación en absoluto semejante á esta en que estamos, tan semejante que los muebles que adornan esta son los mismos que se encontraban en aquella, y allí, tan desprovisto de piedad como los tigres, procedió usted al asesinato de una mujer embarazada que defendía el patrimonio de los hijos que aun llevaba en el seno... Y ese segundo y monstruoso crimen lo cometió usted sobre el ataúd mismo de Ricardo Sabieló, de quien sabía usted ser hijo natural...

— ¡Hijo natural de Sabielo! ¡Mi hijo entonces!... — gritó la baronesa, franqueando casi con ligereza la distancia que la separaba del conde.

Pero éste la rechazó con gesto glacial diciéndole:

— ¡Déjeme usted en paz, señora! Yo no quiero ni puedo reconocerla á usted por madre.

Rechazada por aquel á quien buscaba desde tanto tiempo antes, por aquel en cuyo rostro creía ella distinguir cierta semejanza con Ricardo, lanzó la pobre mujer un grito penetrante, batió el aire con sus brazos, retorcidos por el dolor, y cayó pesadamente al suelo.

— ¡Libréme ustedes de esa loca! — dijo el conde cuyos labios se plegaron con expresión de supremo desdén.

La vizcondesa y su sobrina que se habían apresurado á socorrer á la baronesa, lo miraron con horror.

Era tan inhumana, tan feroz, tan cobarde, la frase que acababa de pronunciar, que por efecto de ella quedó Enrique definitivamente condenado por la señora de Aubinesco, su última aliada.

Cuando se hubo calmado un tanto la confusión producida por el síncope de la baronesa, Enrique, que fué el único en permanecer impasible, murmuró, como contestando á la última frase del doctor:

— Permítame que le haga observar que me parece usted demasiado bien enterado de las fases de un drama que, según usted mismo ha dicho, se desarrolló sin testigos presenciales. No me extraña. Sin embargo, no sé quién ha podido ponerle al corriente de todos esos detalles, á no ser el mismo asesino.

— Son varios los elementos que me han servido para

hacer por completo la luz en ese drama tenebroso; — replicó Alí. — En primer término, las palabras oídas por mi padre de labios de los padres adoptivos del criminal: en segundo lugar mis propias deducciones, y por último un curioso hallazgo efectuado once años más tarde por una de las hijas de la víctima.

Al decir esto tomó en sus manos el pedazo de tela colocado sobre la mesa, entre el saco y una de las armas.

— He aquí el hallazgo á que me refiero, — continuó. — Es un pañuelo que perdió el asesino de Malaquea Sabielo, dejándolo entre las ramas de un árbol contiguo á una de las ventanas del cuarto donde cometió su delito, y al cual hubo de saltar para procurarse la huída. Este pañuelo, pieza de convicción, tiene la marca E. B. 406, que son las iniciales y el número de matrícula de mi antiguo condiscipulo.

Y no es eso todo. Aquí, en este saquito, hay un poco de serrín, del que contenía el ataúd, y está teñido con la sangre de Malaquea Sabielo. Y he aquí por fin el arma de que Enrique se ha servido para cometer todos sus crímenes, excepción hecha del primero. Este cuchillo perteneció en otro tiempo al viejo Bozzo, posadero-carnicero de Sarténe.

Alí mostró al decir esto la navaja abierta. Parte de la hoja, la más cercana al mango, aparecía brillante, mientras que la otra hallábase cubierta de herrumbre. En el hueco, podía leerse el lema fatídico:

Sin quererlo lo mato.

Los ojos del conde brillaron como relámpagos al ver aquel arma; pero habiéndose cruzado su mirada con la llameante de Flavia la mulata, no tuvo más remedio que bajar la vista al suelo.